

# WALT WHITMAN LEÍDO EN EL SUR: TESTIMONIOS EN LA BIBLIOTECA PERSONAL DE PABLO NERUDA

*Floridor Pérez*

Universidad Nacional Andrés Bello

Así que hoy tenemos a “Whitman en el Sur...” ¡Hoy y siempre!

La huella del “gran viejo” puede seguirse por lecturas y escrituras, pero ahora y aquí, al sur del sur, sólo me propongo seguir su rastro de estante a estante en la biblioteca personal de un lector hartamente representativo.

## I

Haré un pacto contigo

Walt Whitman

Te he detestado ya bastante:  
vengo a ti como un niño crecido  
que ha tenido un papá testarudo  
pero ya tiene edad de hacer amigos.  
Fuiste tú el que cortó la madera  
*ahora es tiempo de labrar...*

Estos versos de Ezra Pound revelan una relación de conflicto generacional, propia dentro de una tradición poética, entre los nuevos poetas y aquellos que Nicanor Parra ha llamado “nuestros buenos abuelos inmediatos”. ¡Y por qué no, con los bisabuelos!

No es el caso de Pablo Neruda, que en su Oda a Walt Whitman dice:

Yo no recuerdo  
a qué edad,  
ni dónde,  
si en el gran Sur mojado  
*o en la costa*  
temible, bajo el breve  
grito de las gaviotas,

toqué una mano y era  
 la mano de Walt Whitman:  
 pisé la tierra  
 con los pies desnudos,  
 anduve sobre el pasto,  
 sobre el firme rocío  
 de Walt Whitman.

Durante  
 mi juventud  
 toda  
 me acompañó esa mano

.....

tú  
 me enseñaste  
 a ser americano

.....

Al fogonero,  
 abajo,  
 en la caldera,  
 mandaste  
 un canastito  
 de frutillas,  
 a todas las esquinas de tu pueblo  
 un verso tuyo  
 llegó de visita

.....

¿Cómo no reconocer en esos *versos que van de casa en casa* un programa grato a la vida y obra nerudianas?

Y ese hombre de las calderas, ¿no toma nombre propio en aquel “Pedro Fogonero”, a cuyo lado espera llegar a sentarse en el poema “Cuándo de Chile”, escrito en el destierro, hace medio siglo?

Aparece, además, una clara filiación con el Whitman geográfico, territorial, cubierto de rocío, confiesa luego en sus memorias:

*Si mi poesía tiene algún significado, es esa tendencia espacial, ilimitada, que no se satisface en una habitación... Yo tenía que ser yo mismo, esforzándome por extenderme como las propias tierras en donde me tocó nacer. Otro poeta de este mismo continente me ayudó en este camino. Me refiero a Walt Whitman, mi compañero de Manhattan.*

Y no se piense que sean sólo palabras de buena crianza: me atrevo a decir que estaba pensando concretamente en estos versos del poema “Pasto de llamas” de Whitman, que Neruda había traducido ya en 1941:

No seguirás en lo sucesivo recibiendo las cosas de  
 / segunda o tercera mano, ni mirarás a través de los /ojos de  
 los muertos, ni te alimentarás de los  
 /espectros que yacen en los libros  
 /ni mirarás a través de mis ojos tampoco, ni recibirás  
 /las cosas de mí, sino que pondrás el oído en todas  
 /partes y filtrarás las cosas a través de ti mismo.

## II PARÉNTESIS ENTRE HOJAS, HIERBAS Y MONTAÑA.

Antes que se nos vaya el siglo XX, este compañero de Manhattan cumple 180 años allá en su norte.

Y acá en el sur, hace unos días, a fines de febrero, se han cumplido 50 años de la fuga que Neruda transformará en tema central de sus palabras en acto tan trascendental como la recepción del Premio Nobel de Literatura:

Mi discurso será una larga travesía, un viaje mío por regiones lejanas...  
 Hablo del extremo sur de mi país...Tuve que atravesar los Andes buscando  
 la frontera de mi país con Argentina...

Al recibir el mayor homenaje literario de su vida, su discurso fue una cabalgata entre “...poderosos árboles, imposibles ríos, roqueríos inmensos, desoladas nieves, adivinando más bien, el derrotero de mi propia libertad”.

Esas *regiones lejanas* tienen nombres, y en homenaje a los 50 años de esa “larga travesía”, las ciudades de Futrono, en Chile, y San Martín de los Andes, en Argentina, invitaron a quince poetas de cada vertiente andina, no a oír ni decir discursos, sino a una peregrinación real, reproduciendo aquella cabalgata...

Lo primero que eché a mi bolso de viaje fue un par de libros de Neruda, para ir cómodamente sentado en el auto o el bus, siguiendo esa ruta en su prosa y en su poesía. Pero no hubo auto ni bus, y desde el límite con Argentina la bajada de la cordillera de los Andes se hizo a pie. De modo que los libros me los vine leyendo de regreso, tomando las notas nerudianas sobre Whitman que ahora comparto con ustedes.

Esta honrosa invitación a participar junto a los estudiosos asistentes resultó para mí más sorprendente que la otra, y también me pilla a pie, o en la confusión pierdo los estribos y olvido comenzar por el principio:

Supongo que mi presencia aquí se debe al ánimo de este encuentro con “Whitman en el Sur” –según he leído– de “unir la figura de Whitman con las

grandes voces de Hispanoamérica, entre las que de inmediato aparecen Borges y Neruda...” (Otra vez este lado).

Y talvez son las *hojas de hierba* andinas crujientes aún bajo mis pies, las que me sugieren invitarlos a seguir las andanzas del chileno por las páginas de su compañero de Manhattan...

### III

En la biblioteca personal de Neruda conservada en su casa “La Chascona” —la reunida después de aquella regalada a la Universidad de Chile en 1954— no sólo hay poesía de Whitman, sino también su prosa, estudios críticos sobre ambas y homenajes en textos y folletos firmados por sus autores, y hasta un grueso catálogo de publicaciones...

¿Es que pensaba el poeta sudamericano seguir reuniendo ediciones del norteamericano?

Entre sus valiosos ejemplares de *Hojas de Hierba* destaca el publicado en Boston en 1860-61 —así lo fecha la imprenta— tercera edición, a sólo cinco-seis años de la primera. A éste sigue otro, editado en Washington, de 1872.

Confieso que a poco andar por esos libros, me desilusiona no encontrar en ellos huellas del lector, como notas al margen, versos subrayados, etc. En cambio, con un respeto que juzgo excesivo, sólo ha ido dejando papeluchos manuscritos entre las hojas intocadas: “quinta edición con un agregado” ... y este agregado a la cuarta edición es un poema, cuyo mayor interés para el Neruda lector sospecho que es la circunstancia de haber sido recitado por Whitman, en una ceremonia pública de Nueva York, el 7 de septiembre de 1871... ¡La poesía en la vida civil! Ese debió interesarle, pienso, recordando un día de mi adolescencia valdiviana, acompañándolo a los mítines en que, tras unas pocas frases de adhesión al “compañero candidato al parlamento”, se largaba a leer sus odas...

A la edición de Filadelfia de 1884 sigue en sus estantes la de un grueso volumen de prosa, en esa misma ciudad, de 1892, el año de su muerte. Se encuentra en su biblioteca también la primera edición de *Hojas de Hierba* en el siglo XX, Filadelfia 1900, y la de Londres, en 1911...

Pero no pretendo hacer un catálogo, sino mostrar algunos ejemplos del juego vital entablado entre esos viejos libros y el Neruda lector de Whitman.

En homenaje al tiempo estipulado, vayamos sólo a sus últimos años.

### IV

Si acabo de recordar los cincuenta años de su persecución política, ahora pensémoslo honrosamente instalado en la Embajada de Chile en París. Es el



año 1971, entre un reciente triunfo político y un próximo triunfo literario. Pero recién es abril y viaja a Nueva York, invitado a los festejos del cincuen-tenario del Pen Club.

Neruda –que todavía no sospecha cuán caro le costará a su imagen ese discurso– lo ha comenzado contando su experiencia como negociador de la deuda externa de su país. Y, enlazándola metafóricamente con los préstamos culturales, dice:

...Por mi parte, yo que estoy muy cerca de los setenta años –(¡y de la muerte, pero no lo sabía!)– cuando apenas cumplía quince, descubrí a Walt Whitman, mi más grande acreedor. Y estoy aquí entre ustedes acompañado por esta maravillosa deuda que me ha ayudado a existir...

He alterado el orden cronológico, para probar que Whitman ha estado desde hace mucho tiempo presente aquí en el Sur, y también para terminar estas notas en un tiempo mágico, en lugares mágicos. El año 1968, en la Universidad de Concepción, respondiendo a un homenaje del rector, Neruda cuenta:

*Hace sólo algunas semanas, encabecé mi recital en el corazón de Nueva York, con unos versos de Walt Whitman. Sólo aquella mañana había comprado, una vez más, un ejemplar de sus “Hojas de Hierba”. Cuando lo abrí en mi cuarto de hotel, en la Quinta Avenida, lo primero que leí fueron estas líneas, en las cuales nunca antes había puesto atención:*

*Fuera los temas de la guerra,  
fuera la guerra misma,  
de aquí veo mi vista que tiembla.  
No volvamos más a mirar  
estos negros cuerpos mutilados...*

*Estos versos tuvieron una respuesta inmediata. El público que llenaba la sala se puso de pie en un aplauso encendido...*

Con eso comienzo a reconciliarme con el Neruda lector de Whitman, pues si no hizo anotaciones al margen de sus hojas, nos las dejó en el centro de sus propias páginas.

Y además, este libro comprado en Nueva York conserva en su estante santiaguino dos mensajes entre sus páginas.

Uno pica la curiosidad y tienta más a la infidencia que a la sapiencia. Es una hojita mensajera de aquel hotel de la Quinta Avenida: “*Llámame a tal parte, a tal hora*”. Hay un teléfono y un nombre de mujer...

Este es uno de esos casos en que agradezco a mi ignorancia, porque impidiéndome saber si se trata de una connotada crítica literaria, periodista o traductora, despeja todo el cielo de Nueva York al vuelo no siempre recto de mi imaginación.

Pero el otro mensaje me aterriza en la grandeza del poeta, cuyo recuerdo nos reúne: ¡la página con el poema antibélico elegido por Neruda para iniciar su recital está marcada!

¿Y saben con qué? ¿Con un boleto del metro neoyorquino, dirán ustedes? No. ¡Con un trébol de cuatro hojas!

¿Lo puso allí después de reconocerse *humilde servidor de un poeta que medía la tierra con pasos lentos y largos, deteniéndose en todas partes para amar y examinar, aprender, enseñar y admirar?*

¿O son éstas sus verdaderas notas al margen, que yo echaba de menos?

¿O son una secreta ofrenda a tantos negros cuerpos mutilados todavía dispersos por distintas latitudes del norte y del sur?

Cualquiera sea su sentido –humilde, pero también mágica hoja de hierba entre las famosas *Hojas de Hierba*– quise compartirla con ustedes, porque tal vez sea una nota al margen de otra forma de lectura posible de un poeta a otro, de todos los lectores a todos los poetas.

Forma no mejor ni peor que la del crítico, el historiador o el lingüista, sólo diferente. Lectura de poeta que no debe reemplazar a otras, pero a la que tampoco se debe renunciar por otras.

Si hemos de seguir los mandamientos del compañero de Manhattan, no nos alimentaremos de los espectros que yacen en los libros, pero agradeceremos a los estudiosos que de verdad sepan tomar el pulso vivo que late, no deja nunca de latir, en toda auténtica poesía.